

INFLUJO DEL POSITIVISMO EN LAS CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

MEMORIA leída por el Excmo. Sr. D. Manuel Alonso Martínez en las sesiones de 23 de Noviembre, 7, 14 y 21 de Diciembre de 1880 y de 1.º de Mayo de 1883,

TEORÍA DE COMTE

SEÑORES:

Abrumado por las múltiples y penosas tareas del foro y la política, me faltan el tiempo y la serenidad de ánimo necesarios para las meditaciones filosóficas, que requieren grande holgura y reposo; pero, así y todo, hago cuanto está en mi mano para cumplir mis deberes académicos, dando de cuando en cuando muestras de mi laboriosidad y buen deseo, ya que no pueda darlas de mi suficiencia.

Facilitame esta vez el cumplimiento de tan grata obligación, una circunstancia inesperada. Los dignos profesores que están al frente de la Institución Libre de enseñanza me pidieron, no há muchos meses, con gran encarecimiento, que diese algunas conferencias, aunque no fuera más que para demostrar con mi concurso que aquel instituto docente, lejos de ser órgano exclusivo de determinada escuela, es un palenque neutral, abierto á la propaganda de todas las opiniones y de todos los sistemas; y yo no me atreví á desairar su invitación, ya porque con ella me honraban más de lo que merezco, y ya principalmente porque entiendo que en esta época de discusión y libre examen, no podemos desertar de nuestro puesto de combate los que, con fe en

la eficacia y virtualidad de las ideas, creemos que por ellas se gobierna el mundo, y que es tan erróneo como impío suponer que la Providencia haya entregado los destinos de la humanidad á los azares de la fuerza. Accediendo, pues, á los deseos que me ha manifestado alguno de nuestros colegas, voy á ordenar mis apuntes y coordinarlos con mis recuerdos para presentaros modestamente el fruto de mis breves meditaciones sobre la interesante materia que está siendo el tema de mis conferencias.

A falta de otras cualidades más altas que envidia, pero que desgraciadamente no poseo, me ufano de tener una á que doy gran valor: el sentido práctico. Mi espíritu no tiende á extasiarse en la contemplación y el amor de lo pasado, ni tiene alas para lanzarse á las ignotas regiones de un lejano porvenir; prefiere vivir en lo presente y aspirar el aire un tanto impuro de la realidad. Sin duda mi alma no está formada para grandes y poderosas síntesis, ni para atrevidas generalizaciones, sino que marcha despacio, como con pies de plomo, y sin otro instrumento que el *análisis*, por el camino de la investigación de la verdad.

Por esto, cuando hace algunos años el sistema krausista invadió como un torrente nuestra España y se apoderó del ánimo de la juventud, yo, haciendo justicia á su amplitud de miras, y reconociendo la solidez de los cimientos, toda vez que en su construcción científica no omitió ni uno solo de los elementos que constituyen la compleja naturaleza humana, dediqué mis escasos ocios al examen de sus aplicaciones á las ciencias morales y políticas, y critiqué las exageraciones de muchos de sus parciales. Hoy el kantismo, el hegelianismo, el krausismo y, en suma, el *dogmatismo alemán*, parecen haber perdido el cetro de la moda en nuestra España, habiéndosele arrebatado el *positivismo*, que repudia la metafísica y encierra el conocimiento humano en el círculo de hierro de la observación y la experiencia. Y siguiendo yo aquella máxima bíblica, según la cual el árbol debe ser juzgado por sus frutos, me propongo hacer con la filosofía positiva lo que antes hice con la de Krause: esto es, inquirir los resultados que ha producido

en sus aplicaciones al individuo, al Estado, á la familia, á la propiedad y á la religión. No voy, pues, á hacer *a priori* una crítica fundamental del positivismo como sistema filosófico, sino más bien á examinar su sociología. Cuando haya terminado este análisis, me dedicaré á investigar si sus errores sociológicos nacen de las entrañas mismas del sistema, lo cual se debe presumir porque, al cabo, natural es que la calidad del fruto se deba á la naturaleza del árbol que le ha producido.

Pero, aunque tal sea mi propósito, paréceme á mí que mi plan quedaría defectuoso é incompleto si, antes de entrar en el análisis de las aplicaciones, no diera una idea del sistema y resolviera algunas cuestiones previas.

¿Qué es el positivismo? ¿Es un descubrimiento de nuestros días, un sistema nuevo y original por el que haya que dar una patente de invención á A. Comte?

Uno de sus más ardientes sectarios, Mr. Leblais, ha escrito un libro inspirado por la contemplación del célebre fresco del Vaticano, conocido con el nombre de *Escuela de Atenas*, fresco admirable, en el que el genio inmortal de Rafael presenta á Platón mostrando el cielo con el dedo á Aristóteles, que le escucha fríamente con la mano extendida hacia la tierra, y agrupados al rededor de estos dos grandes maestros, á sus discípulos de todas las edades. Mr. Leblais pretende que estas dos agrupaciones representan una clasificación exacta de todos los sistemas filosóficos que han aparecido en la escena del mundo; y, partiendo de esta idea, y no viendo en la evolución del pensamiento humano á través del espacio y del tiempo más que las dos direcciones fundamentales encarnadas en Platón y Aristóteles, traza la genealogía del positivismo por tal manera, que le da por cuna la escuela jónica ó física fundada por Thales 600 años antes de Jesucristo.

Así, pues, en la edad antigua, Thales contra Pitágoras, en quien se encarna á la sazón la reacción espiritualista; Demócrito, Leucipo y Epicuro contra Xenófanes, Parmenides y Zenon de Eleas; Aristóteles contra Platón; en la Edad media los *nominalistas* contra los *realistas*; los tomistas contra los

scotistas; y en la edad moderna el protestantismo contra el catolicismo; Hobbes, Lock, Condillac y Bacon contra Descartes, Leibnitz, Kant, Hegel y tantos otros que es excusado citar, son los actores de ese grau drama que forma, por decirlo así, todo el tejido de la historia humana, la cual se condensa y resume en una lucha tenaz y un perpetuo antagonismo entre la *razón* y la *imaginación*, la *ciencia* y la *poesía*, lo *objetivo* y lo *subjetivo*, el *análisis* y la *síntesis*, la *inducción* y la *deducción*, el *empirismo* y el *misticismo*, la *observación* y el *dogmatismo á priori*, el *fatalismo* y el *optimismo*, el *sensualismo* y el *idealismo*, el *naturalismo* y el *trascendentálismo*, el *materialismo* y el *espritualismo*, términos antitéticos entre sí, pero sinónimos los de cada serie, y que en la época presente han sido reemplazados por estos otros dos más propios y comprensivos: el *positivismo* y el *racionalismo*.

Resulta por tanto que, en sentir de Leblais, la escuela positivista tiene antiquísimo abolengo, tanto que se remonta á la cuna misma de la humanidad, como que es una de las dos doctrinas filosóficas que surgieron simultáneamente en el origen de las sociedades para resolver el gran problema del universo y del destino humano.

Reconozco de buen grado que no es un argumento decisivo la autoridad de Mr. Leblais, por más que haya elegido como padrino para penetrar en el templo de la filosofía á Mr. Littré, que es sin duda el San Pablo de la iglesia positivista. A los sectarios de un sistema cualquiera, suele acontecerles lo que á los hidalgos de aldea, que andan siempre en busca de una antigua ejecutoria de nobleza para dar más realce á su casa solariega. Yo no sé qué misterioso encanto tienen la antigüedad y la tradición, que hasta los enemigos de la escuela histórica, los partidarios del libre examen y los racionalistas más incorregibles aspiran á menudo á ampararse en ellas.

No adolecen de este vicio, sino del opuesto, los que cifran todo su orgullo en pasar por inventores del sistema, los cuales naturalmente padecen la monomanía de la originalidad; y, sin embargo, en el caso presente puedo invocar en favor de mi

tesis el testimonio irrecusable de A. Comte, en quien nadie echará ciertamente de menos la soberbia. A. Comte confiesa que su concepción sobre el saber humano, ó sea su criterio ó método de conocer la verdad, ha sido aplicado desde los tiempos más remotos por todos cuantos han contribuido á un verdadero progreso en la ciencia, y recientemente expuesto, de una manera clara y distinta, á los espíritus especulativos por Bacon, Descartes y Galileo, á quienes considera colectivamente como fundadores de la filosofía positiva.

Y aunque Stuart Mili, que es sin duda el filósofo más eminente de esta escuela, dice que Descartes y aun el mismo Bacon no vieron á toda luz la doctrina positivista, reconoce en cambio que Newton la comprendió de una manera exacta y cabal, y que Kant y Hume la desarrollaron magistralmente, dando el último un paso más que Kant y Comte.

Se ve, pues, que no faltan los argumentos de autoridad para demostrar que no es original la doctrina positivista, por más que sus sectarios la señalen progenitores diferentes. Veamos ahora en qué consiste; y, comparándola con la doctrina de otros filósofos anteriores á Comte, quedarán á un tiempo demostradas su antigüedad y su verdadera filiación.

Desconfiando de mi propio criterio, opto por dejar hablar á Stuart Mili, que tan concienzudamente ha analizado el curso de filosofía positiva de su maestro. La doctrina de éste en lo fundamental, dice, se puede resumir en los términos siguientes:

«No conocemos más que los *fenómenos*; y el conocimiento que de ellos tenemos es *relativo* y no *absoluto*. No conocemos la *esencia* ni el modo real de producción de ningún hecho, sino las *relaciones de sucesión y semejanza* de los hechos entre sí. Estas relaciones son constantes, es decir, siempre las mismas en circunstancias iguales. Las semejanzas constantes que ligan los fenómenos entre sí, y las sucesiones constantes que unen los unos á los otros, á título de antecedentes y de consiguientes, son lo que llamamos sus leyes. Las leyes de los fenómenos: hé aquí todo lo que sabemos de ellos; su naturaleza esencial y sus

causas últimas, eficientes y finales nos son desconocidas y quedan para nosotros impenetrables.»

El resumen de lo que en términos jurídicos podríamos llamar la ley *sustantiva* está hecho de mano maestra; pero no es, á mi parecer, completo, porque falta la parte *adjetiva*. Llamo *sustantiva* á la tesis positivista, según la cual el conocimiento de las sucesiones y de las coexistencias y semejanzas de los fenómenos es la única ciencia accesible al entendimiento humano; y *adjetivo* al método de investigación, al criterio, al procedimiento que la filosofía positiva emplea, como único legítimo, para obtener el conocimiento de los fenómenos y sus leyes. Verdad es que Stuart Mili echa de menos en la obra de Comte un tratado de lógica; pero, sobre que él se ha apresurado á llenar este vacío, hay en la filosofía de aquél los datos suficientes para saber cuál es su criterio. *Desdeñando la escuela positivista toda noción trascendental sobre la esencia, el origen yjin de las cosas, se limita á observar y comparar los hechos ó los fenómenos; elimina lo que liay en ellos de particular y diferente, y convierte en ley de los mismos lo que tienen de general, común y permanente, negando lo absoluto por ser inaccesible á la experiencia. En suma: su método de investigación es la observación, la experiencia y la inducción, desechando, no sólo las categorías ó revelaciones de la razón, sino hasta la facultad de la abstracción, como ha demostrado el célebre Taine.*

Y ahora que ya conocemos en su integridad la doctrina positivista, fácil nos será demostrar su falta de novedad, sin más que recordar, en cuanto á la parte *sustantiva*, que Kant ha desenvuelto, con una crítica sin rival, la tesis de que el hombre no sabe nada de las *cosas en sí mismas*, que no conoce los *noúmenos*, las *sustancias*, ni las *causas reales*, por más que afirme de un modo perentorio su existencia; y que Hume ha ido más allá intentando demostrar, no sólo que las únicas causas de los fenómenos, susceptibles de ser conocidas por nosotros, son otros fenómenos que se presentan como sus antecedentes invariables, sino que *no existe otra especie de causas*. Y, en cuanto á la parte *adjetiva*, asaltan de pronto la memoria una porción de nombres

de filósofos eminentes que se han anticipado á A. Comte, descollando entre todos el célebre Bacon. ¿Cómo relegar al olvido el *novum organum*, que produjo en la ciencia una de las revoluciones más fecundas y provechosas que registran los anales del pensamiento y al cual se han debido, sin duda, muchos de los maravillosos descubrimientos de nuestros días? Y si no ha faltado quien niegue á Bacon la paternidad de su método, reivindicando la gloria de su invención para Aristóteles, ¿cómo otorgar el diploma de original á A. Comte?

Mas ¿á qué se debe entonces la celebridad de éste, y cómo se explica la boga que ha alcanzado su sistema?

Stuart Mili, después de convenir en la falta de originalidad de la filosofía de Comte, añade que, «por la manera como la ha tratado, la ha hecho suya.» E intenta justificar esta tesis en la forma siguiente: Para conocer lo que una cosa *es*, hay que conocer con igual claridad lo que *no es*: para apreciar con exactitud el carácter real de un modo de pensar, es menester conocer cuáles son los otros modos de pensar que rivalizan con él. Pues bien: los modos de filosofar que, según Comte, disputan el cetro al *modo positivo*, son el *teológico* y el *mefafísico*.

La forma *teológica* de pensar, que es la original y espontánea, mira los hechos del universo como gobernados, no por leyes invariables de sucesión, sino por la voluntad particular y directa de seres reales é imaginarios, dotados de vida é inteligencia.

En la infancia de la razón y de la experiencia, los objetos se consideran individualmente como aumados: el grado siguiente es la concepción de seres invisibles, cada uno de los cuales vigila y gobierna una clase entera de objetos ó acontecimientos. Y, finalmente, el último grado funde esta multitud de divinidades en un solo Dios que en un principio creó el universo y que después lo dirige, produciéndose en él todos los fenómenos, según unos, por la continuación incesante de su acción, y según otros, limitándose á modificarlos de tiempo en tiempo por intervenciones especiales. Resulta, pues, que la *forma teológica* pasa por tres evoluciones: el *fetichismo*, el *monoteísmo* y el *politeísmo*.

El modo de pensar *metafísica* da cuenta de los fenómenos, no refiriéndolos á voluntades sublunares ó celestes, sino á *abstracciones realizadas*. En esta segunda fase del pensamiento humano, ya no hay un Dios que produce y dirige cada una de las operaciones de la naturaleza, sino que es una potencia, fuerza ó cualidad oculta, considerada como existencia real inherente á los cuerpos concretos en que reside y que en algún modo anima, bien que distinta de ellos. En lugar de dryadas que presidan á los árboles y produzcan y gobiernen sus fenómenos, cada planta ó cada animal posee entonces una *alma vegetativa*, la *Ψείμωυ ζωωτῆ* de Aristóteles. En un periodo ulterior, el *alma vegetativa* se convierte en una *fuerza plástica*, y más tarde, por fin, en un *principio vital*, conduciéndose desde entonces los objetos tal y como lo hacen, porque está en su *esencia* obrar así, ó bien en razón de una *virtud* que les es inherente. Se explican los fenómenos por las *tendencias* é inclinaciones que se atribuyen á la *abstracción NATURALEZA*, que, aunque impersonal, se la representa como obrando por cierto linaje de motivos y de manera análoga á la de los seres conscientes. Así se habla de la tendencia de la Naturaleza hacia el bien, del horror de la Naturaleza al vicio, de la fuerza curativa de la Naturaleza, etc.

Hobbes, al comenzar el siglo xvii, batió en brecha el modo teológico y el metafísico, por manera que tampoco es en esto Comte original, tanto que no hizo más que tomar puesto en el combate afiliándose al ejército vencedor. Lo único que le pertenece en propiedad—pues en esto nadie se le había anticipado—es la generalización de la doctrina, según la cual no hay ramo del saber ni concepción humana que no haya pasado sucesivamente por estos tres estados, empezando por el *teológico*, y avanzando á través del *metafísico* para llegar al estado *positivo*, que es el término de la evolución. Esta generalización es la más fundamental del positivismo. De ella dependen las demás generalizaciones de Comte. Si no es verdadera, dice Stuart Mili, Comte ha hecho bien poca cosa.

Ahora bien: ¿es cierto que el pensamiento humano en todas

sus manifestaciones haya seguido invariablemente la marcha que le plugo trazarle al fundador de la filosofía positiva?

Permitidme al menos que os recuerde la hipótesis que sobre este mismo punto ha establecido la filosofía krausista, la cual casi reduce la historia de la humanidad á la representación del gran drama cristiano de la caída y la redención del hombre; sólo que le despoja de todo carácter sobrenatural. Ved aquí la explicación puramente humana ó científica con que pretende reemplazar el *pecado original* y el augusto misterio de la *Encarnación*.

El hombre de los primeros días, dotado de todas las cualidades del ser racional, posee la conciencia y el sentimiento de sí; se orienta en el mundo y, curioso como el niño, no tarda en preguntarse el *cómo* y el *porqué* de los fenómenos que le impresionan. Desde este momento principia para él la *ciencia*, y lo verdadero se separa de lo falso.

Todo hombre tiene necesidades que reclaman satisfacción, so pena de sufrimiento, y tiende á prevenir el dolor por la previsión. Cuando, para satisfacerlas, aplica su actividad á los objetos exteriores, crea la *industria*.

El hombre es completo desde su origen. Tiene el sentimiento de la belleza, y aspira á realizarla ó representarla en sus obras. De aquí el *arte*.

A la vida intelectual se une la *moral*. La distinción entre el bien y el mal, entre lo justo y lo injusto, no esperan la promulgación de una ley escrita ni el advenimiento de una revelación dogmática; es inseparable de la conciencia.

El hombre ve, en fin, presente y reconoce, con una previsión instintiva, el conjunto de las cosas y las relaciones que las unen. La noción de la parte, la intuición de algunos seres determinados, limitados entre sí, no satisfacen su razón. De la parte se eleva al todo, del efecto á la causa, de lo finito á lo infinito, de la multiplicidad á la unidad, y á este todo, que es uno, que es infinito, que es causa de todos los seres del mundo, lo llama *Dios*. Desde este momento nace la *Religión* bajo la forma del monoteísmo. Por otra parte, Dios, que habla á la razón,

no abandona jamás al hombre á sí propio. Dejando á un lado toda intervención milagrosa y toda manifestación sensible de la Divinidad, se puede admitir que Dios concurre con el hombre cuando el hombre hace el bien, y que le auxilia en su evolución á la vida moral.

Tal es, en su más simple forma, la tradición universal de la Edad de oro ó del Paraíso terrestre. Esta tradición se comprueba en sus rasgos principales por el conocimiento que tenemos de la naturaleza humana, que es inmutable; por la marcha constante del espíritu; por los sucesos ulteriores de la historia, y aun por las *leyes* que presiden la sucesión de las edades.

Todo ser vivo recorre, en efecto, tres fases sucesivas en su movimiento ascendente: un periodo de *anidad*, que constituye su existencia embrionaria, donde todos los órganos están aún envueltos y confundidos, no desenvueltos y distintos; un periodo de *variedad*, que constituye la evolución progresiva y espontánea, en que los órganos aparecen sucesivamente oponiéndose los unos á los otros; y últimamente, un periodo de *armonía* que revela la madurez, el desarrollo completo de la vida, en el que todos los órganos, plenamente desenvueltos, concurren con actividad diversa á la unidad del fin, á la realización de la naturaleza *una y total* del ser orgánico. Estas tres leyes, la unidad, la variedad y la armonía, en otros términos, la tesis, la antítesis y la síntesis, se aplican, no sólo á la planta, al animal y al hombre, sino también á la historia, á la vida de la humanidad sobre la tierra.

La *edad embrionaria* de la humanidad se concentra en el Edén, donde los hombres vivían íntimamente unidos entre sí, con la Naturaleza y con Dios. La religión del Edén era el monoteísmo. Pruébanlo las tradiciones, y lo confirman los libros sagrados de la India, de la Persia y de la Palestina. El *Zend Avesta* de Zoroastro identifica á Dios con el bien y coloca el origen del mal en la criatura. Los Vedas, anteriores á las epopeyas mitológicas de la India, celebran el culto de Dios bajo los atributos de creador, de conservador y de destructor, antes que Brahma, Vishnú y Siva tuviesen altares distintos, antes que Buddha

hubiese comenzado la reforma de las religiones ortodoxas. La *BiMia*, en fin, proclama el monoteísmo de la manera más enérgica, y la gran obra de Moisés depone en favor de la casta sacerdotal del Egipto. Al testimonio de los primeros monumentos literarios del Oriente se agregan los trabajos de los filósofos. Las lenguas más antiguas, el sanskrit y el zend en la familia indo-germánica, son también las más ricas y perfectas, y la cultura de estas lenguas muestra de nuevo la cultura espiritual de la humanidad en su cuna. El estado inicial de los pueblos es, pues, un estado de civilización.

Pero ¿cómo se explica entonces la adoración posterior de los dioses y los ídolos? El paso del monoteísmo al politeísmo acusa una *caída*: esto es incontestable. Admitir muchos dioses después de haber reconocido á Dios, no es progresar, sino decaer. La *caída* es, pues, un hecho real y no una hipótesis; y este hecho se verifica de nuevo por las leyes del desenvolvimiento de la humanidad, confirmadas por las tradiciones. Lo que la *Biblia* cuenta no debe ser repudiado, sino sólo despojado del carácter maravilloso de que está revestido. La *caída* es el momento crítico que separa entre sí las dos primeras edades de la vida; es la entrada en el periodo de la *variedad*. Como el niño nace en el dolor y comienza su evolución espontánea desligándose de su madre, la humanidad ha dejado el Edén en la angustia y ha comenzado su existencia aventurera desligándose de Dios. Después de haber vivido en paz con sus semejantes y con todos los seres del mundo, aunque obrando bajo el imperio del instinto, los hombres han adquirido gradualmente la conciencia y el sentimiento de sus fuerzas, de su saber, de su independencia; han exaltado su poder; el orgullo ha entrado en su alma; han roto violentamente las relaciones íntimas que los unían á Dios y á la Naturaleza. Han caído así en el desorden, en el mal, en el error. Por la *caída* se explica el politeísmo, que degeneró en *fetichismo* entre las razas embrutecidas por la servidumbre y entre los pueblos que se apartaban del camino de la humanidad, que se aislaban ó encerraban en sí mismos, y continuaban descendiendo en el curso de la civilización.

No hay para qué añadir que, según la doctrina krausista, la humanidad, después de haber bajado por la pendiente del mal hasta tocar en el abismo, no podía menos de ascender hacia el bien en la espiral de la vida, y reconciliarse con Dios uno y verdadero.

Es esta la ley de la *síntesis*, la edad de la *armonía*, la *redención* después de la caída.

Se ve, pues, que mientras el krausismo afirma que el estado inicial de los pueblos fué un estado de civilización, ó lo que viene á ser igual, que la *humanidad empezó por el monoteísmo*, Comte sostiene que comenzó por el *fetichismo* y pasó por el *politeísmo*, antes de llegar á la creencia de un solo Dios; añadiendo que, de análoga manera, al salir de la forma *teológica* y entrar en la *metafísica*, el pensamiento atravesó distintas y sucesivas fases, empezando por la hipótesis de un *alma vegetativa*, aceptando después la idea de una fuerza *plástica*, y terminando por la de un principio vital ó una virtud de la Naturaleza para elevarse en seguida al estado positivo, última etapa del progreso humano.

No voy á examinar cuál de las dos doctrinas que he puesto en parangón es la verdadera, por más que me incline á la krausista: lo que digo es que á una y otra se llega por *idéntico criterio*, esto es, por un procedimiento *puramente racional é idealista*. ¿Qué pueden enseñar la *observación* y la *experiencia* respecto de los tiempos *prehistóricos*? ¿Qué sabe Comte de lo que le pasó al pensamiento *en su cuna*, y de las transformaciones que sufrió en los millares ó millones de años trascurridos *antes de que se escribieran los anales de la humanidad*? Por consiguiente, su doctrina, en lo único que tiene de *original*, en lo que constituye, según Stuart Mili, la *espina dorsal de su filosofía*, es una *conjetura*, una mera *hipótesis*, y, por tanto, envuelve la *negación de su misma filosofía*, la *violación* flagrante del *criterio positivista*. ¿Con qué derecho ha construido hipótesis tan atrevida, quien, confesando, á propósito de la armonía del universo, que la idea de un plan formado por un ser inteligente es más verosímil que la de un *mecanismo ciego*, rechaza, sin embargo, la

existencia de un Creador y Gobernador supremo del mundo, á pretexto de que una *conjetura* fundada sobre *analogías* no es una base sobre la cual se pueda asentar una *teoría* científica en el estado de madurez á que ha llegado la inteligencia, y porque nos es *inaccesible* todo conocimiento *real* del PRINCIPIO *de las cosas*, excediendo toda investigación sobre esto los límites esenciales de nuestras facultades mentales? | Cuánta inconsecuencia!

Hipótesis por hipótesis, ¿no vale más la krausista, la cual tiene al menos por fundamento las tradiciones primitivas de la raza humana, los descubrimientos filológicos modernos, los libros sagrados más antiguos y respetables, y los primeros monumentos literarios del Oriente, testimonios elocuentes del *monoteísmo*? De todas suertes, si *dogmática* es la teoría krausista, la de la escuela positivista no está menos impregnada de *dogmatismo*.

¡ Tanto reparo para admitir la idea de un Creador y supremo Gobernador del mundo, idea necesaria que se impone al espíritu con una fuerza incontrastable á despecho de todas las *soberbias* y de todos los *ateísmos*, y tanta facilidad, por no decir osadía, para penetrar en el intrincado laberinto de los tiempos *prehistóricos*, descender á las profundidades de la conciencia del hombre *primitivo*, y arrancarle el secreto de su pensamiento para describírnosle, con el tono de la más absoluta certidumbre, como si se tratara de un fenómeno perfectamente observado y susceptible de ser sometido á experimentación en el laboratorio de un químico!

SEGUNDA SESIÓN

DOCTRINA DE STUART MILL

SEÑORES:

En la última sesión expuse el sistema de A. Comte, considerado en su *principio fundamental* y en sus *procedimientos*. Esta noche me propongo examinar la índole de las modificaciones introducidas por el célebre filósofo inglés Stuart Mili en la doctrina de su maestro. Siguiendo este plan, corro el riesgo de penetrar un poco en las profundidades de la metafísica; pero el que hace la crítica de un sistema filosófico ó religioso, debe exponer lealmente las principales diferencias que separan á sus parciales más eminentes, á la manera que los filólogos, al enseñar una lengua, se creen justamente obligados á dar una idea, siquiera sea somera, de sus principales dialectos.

A pesar de ser Comte el fundador de la filosofía positiva, y Stuart Mili su apóstol más elocuente, es lo cierto que entre el positivismo del uno y el del otro, hay profundas y sustanciales diferencias. Y no lo digo en son de censura; pues aunque la ciencia —y singularmente la filosofía, que es la *ciencia primera*, ó la ciencia de las ciencias, — como representación de la verdad, debería ser *una, invariable é idéntica, la misma en todos los tiempos y en todos los lugares*, mi imparcialidad de crítico me obliga á confesar que no se conoce fundador alguno de un sistema filosófico, cuyos discípulos hayan seguido el mismo derrotero. Así, por ejemplo, se ve que en el seno de la filosofía hegeliana se formó, como en las Asambleas políticas deliberantes, un *centro*, una *derecha* y una *izquierda*, no siendo, por tanto, extraño que oigamos hoy hablar de continuo del *positivismo inglés*, del *alemán*, ó del *francés*, ó del *italiano*, como si la ciencia hubiera de estar sujeta al principio de las nacionalidades. Y es que la filosofía no ha encontrado aún su centro de •

gravedad; pues, de haberle hallado y estar en posesión de la verdad absoluta, así como nadie dice del *álgebra* y la *geometría* que sean *alemanas* ni *inglesas*, tampoco se vería sometida la ciencia filosófica al influjo del clima ó de la raza. Y este influjo se siente, se palpa en las variantes que Stuart Mili introduce en la doctrina de Comte.

En el pueblo inglés, la religión no es sólo un sentimiento individual, ni tampoco el ángel custodio del hogar doméstico; es un elemento político y social que se mezcla en todos los actos de la vida, y forma parte integrante de la organización del Estado. Estudiando atentamente la historia de Inglaterra, se observa que, en el fondo de todas sus luchas, así de sus sangrientas revoluciones como de sus transformaciones pacíficas, se agita siempre el principio religioso; de manera que el carácter nacional inglés es una mezcla rara de positivismo y de fe, pareciéndose mucho, bajo este aspecto, al pueblo judío, tan tenaz en sus creencias religiosas como apegado á los intereses materiales. La raza inglesa es refractaria al idealismo; no tiene aptitud para las abstracciones metafísicas, como los alemanes; ni inspira su conducta en vanas y seductoras teorías, como los franceses que, en ocasiones, se dejan llevar hasta el abismo en brazos de la lógica. No: los ingleses sacrifican de continuo los preceptos de ésta á las conveniencias sociales, al sentimiento de lo útil, á las imperiosas exigencias de la realidad; pero en ellos el sentido práctico, que es lo que principalmente les distingue, vive en indisoluble consorcio con la fe y la estricta observancia de las prácticas de la religión. No es ciertamente Dios para los ingleses, como para el célebre teólogo Fierbach, « una lágrima de amor vertida *secretamente* sobre la desgracia del hombre, ó un inenarrable suspiro, *oculto* en el alma humana. » Por esto, siendo Inglaterra el pueblo más libre de Europa — y la libertad consiste en el respeto de los derechos individuales y en la facultad de hacer cada cual lo que le plazca, mientras no vulnere el derecho ajeno, — la populosa Londres se convierte los domingos en una especie de cementerio, entregándose todos al reposo y la oración hasta el punto de no

abrirse una sola tienda de comestibles y bebidas, y de haberse prohibido recientemente á los ciudadanos, por la Reina Victoria, jugar en tales días á los naipes aun en el retiro del hogar; lo cual entre nosotros sería, sin duda, calificado de inquisitorial, opresivo y tiránico.

El carácter peculiar del pueblo inglés se refleja en sus escritores, y muy principalmente en Stuart Mili, según demostré en otra ocasión analizando su *Libro sobre la libertad*. No es, por lo tanto, extraño que corrija á Comte en la cuestión religiosa.

Había dicho éste que la doctrina positiva condena todas las explicaciones teológicas y las reemplaza por teorías que sólo tienen en cuenta un orden determinado de fenómenos, infiriendo de aquí que el día que esta revolución se consume, esto es, el día que triunfe en todos los ánimos la filosofía positiva, el género humano cesará de atribuir la constitución de la naturaleza á una voluntad inteligente, y dejará de creer en un Creador y Gobernador supremo del universo. Y Stuart Mili se apresura á decir que no están obligados á seguir en esto á Comte los que aceptan su teoría sobre las fases progresivas de la creencia humana. «El modo positivo de pensar, añade, no es necesariamente una negación de lo sobrenatural; se limita lisa y llanamente á relegar esta cuestión á la del origen de las cosas: si el Universo ha tenido un principio, su principio, por las condiciones mismas del hecho, ha sido sobrenatural, puesto que las leyes de la Naturaleza no pueden dar cuenta de su propio origen.»

Y fundado en este argumento que, como veis, es puramente racional é idealista, reivindica la libertad de los positivistas para pensar en este punto como quieran, según lo que pesen en su espíritu las *analogías* llamadas *señales de un plan*, y las tradiciones generales de la raza humana; y sostiene asimismo que el valor de estas pruebas es en verdad una cuestión para la filosofía positiva, pero sin que haya, hasta el presente, una solución sobre la cual estén obligados á ponerse de acuerdo los filósofos positivistas, lamentando amargamente la manía de Comte de no querer jamás dejar cuestiones abiertas. Por último

resume su doctrina, ó, mejor dicho, formula su conclusión en los siguientes términos: «La filosofía positiva mantiene que, en el *orden actual* del universo, la causa directamente determinante de cada fenómeno es, no sobrenatural, sino natural, *siendo compatible con este principio* el creer que el *universo lia sido creado* y, lo que es más, *que está continuamente* gobernado por una inteligencia, con tal de que admitamos que ésta se adhiere á reglas fijas que no deroga jamás caprichosa ó providencialmente. Es *positivista* quien quiera que mire los sucesos como partes de un orden constante, siendo cada uno de ellos el *consiguiente* invariable de una condición ó combinación de condiciones *antecedente*; reconozca ó no *un antecedente universal*, del cual sea *consiguiente* el sistema entero de la Naturaleza, y conciba ó no ese *antecedente universal* como *una inteligencia*.»

Hé aquí un filósofo positivista, que no sólo condena el ateísmo de su maestro, sino que, huyendo del panteísmo alemán, afirma de un modo *transparente el Dios personal del cristianismo*; que esto, y no otra cosa, es creer que el universo ha sido creado y está gobernado de continuo por una suprema inteligencia.

Apresurémonos á rendir el homenaje de nuestro respeto á la sinceridad del creyente; pero ¿podemos tributar igual elogio á la consecuencia del filósofo? De ninguna suerte. ¿Con qué derecho afirma la existencia de Dios quien niega lo *absoluto*? ¿Qué puede ser el Dios de Stuart Mili, si el hombre no conoce más que los fenómenos, y su conocimiento es siempre *relativo* y *contingente*? Ó no hay Dios ó, si Dios existe, no puede ser un fenómeno, sino una sustancia, el Ser en esencia, *ego sum qui sum*; no puede ser relativo, sino absoluto; ni contingente, sino necesario; no puede ser efecto, sino causa universal de todo lo creado, siendo á la vez causa de sí mismo, encarnación de lo infinito y tipo real de todas las perfecciones ideales. Dios no es una relación de semejanza, ni una relación de sucesión, única cosa que el hombre puede conocer, según la filosofía positiva: ó tenemos conocimiento de lo absoluto y este conocimiento es legítimo, ó no hay derecho para afirmar la existencia de Dios.

En esta controversia, el derrotado es Stuart Mili, y Comte el vencedor.

Pero acaso se dirá: Stuart Mili no hace una *afirmación*, sino que establece una *hipótesis* y declara que los positivistas no dejan de serlo porque afirmen ó nieguen á su voluntad la existencia de un Ser Supremo, Creador y Gobernador del mundo; que, en suma, Mili no hace más que repetir lo que antes que él dijo Kant en su Lógica trascendental, esto es, que no podemos afirmar la existencia de Dios, pero que tampoco tenemos el derecho de negarla.

No, señores. Sustentando esta tesis, Kant se ponía en pugna con el sentido común, pero era consecuente con su sistema; mientras que Stuart Mili, repitiendo la misma tesis, contradice su propia filosofía. Kant en su crítica de la razón pura, formando, por decirlo así, la *estadística* de nuestro caudal intelectual, encontró en el fondo de nuestro espíritu la *idea de causa*, la *de sustancia*, la de lo *necesario* y lo *absoluto*; y por consiguiente Kant no tenía, en efecto, el derecho de negar á Dios, porque Dios es el *Ser en si*, absoluto, necesario, infinito, principio y fin de lo creado. ¿Por qué no podía, sin embargo, afirmar su existencia? Porque en su crítica de la razón pura negó todo *valor objetivo* al principio de causalidad, á la noción de sustancia y, en una palabra, á lo que él llama las formas de la sensibilidad, las categorías del entendimiento y las ideas de la razón. Más claro: la imposibilidad de la afirmación de la existencia del Ser Supremo, nace del carácter *subjetivo* del sistema kantista; Kant decía, en suma: «Yo encuentro en las profundidades de mi conciencia la idea de Dios como la del mundo y la del yo. Pero ¿existe fuera de mi conciencia y de mi espíritu ese Ser Supremo que mi razón concibe, de tal manera, que la idea que yo tengo de él no sea más que un fiel reflejo de la realidad que vive fuera de mí? No lo sé: la ciencia es impotente para demostrar el tránsito del sujeto al objeto, la identidad del conocimiento y del ser.»

Pero á Stuart Mili no le sucede lo mismo: en su estadística del conocimiento humano no existe lo *absoluto*, ni la *idea de causa*, ni

de sustancia: los límites esenciales de la facultad de conocer son tan estrechos, que no pasan de la *percepción de los fenómenos y de sus relaciones de coexistencia y sucesión*. Ahora bien: Dios no puede ser simplemente *un fenómeno*, ni una *relación de sucesión, de coexistencia ó semejanza* y, por consiguiente, dentro de esta teoría es imposible que el espíritu humano se eleve á la noción de Dios.

Y ¿cuál es por otra parte el procedimiento que emplea para su tesis? ¿Es, por ventura, el experimental é inductivo? No; es un procedimiento puramente racional. Decir que las leyes de la naturaleza no pueden dar cuenta de su propio origen, es hacer un razonamiento *fundado en el principio de causalidad*; es reconocer que toda ley presupone un legislador. Verdad es que su proposición no es afirmativa, sino condicional; pero así y todo, bien analizada, resulta que el argumento en ella contenido es el siguiente: O el mundo ha tenido principio ó no: si le ha tenido, alguno le ha creado y establecido las leyes por que se gobierna, siendo la sabiduría de éstas prueba patente de que su autor es una inteligencia suprema; y si no ha tenido principio, el mundo entonces es eterno, absoluto y causa de sí mismo. Como se ve, aunque Stuart Mili desdeña el segundo miembro del dilema optando desde luego por la afirmación de un Creador y supremo Gobernador del mundo, es evidente que el dilema, en sus dos ramas, se funda en el principio de causalidad, como idea absoluta que se impone á nuestro entendimiento. El argumento es, pues, racionalista; presupone la idea absoluta de causa y, por tanto, envuelve la negación del principio fundamental y generador de la filosofía positiva.

Resulta pues que, al afirmar la existencia de Dios, no sólo se pone el filósofo inglés en contradicción con el positivismo, en su parte *sustantiva*, sino que hace traición al método experimental que su escuela proclama como el único legítimo.

¿De qué criterio se ha valido, en efecto, Stuart Mili para hallar su argumento favorito acerca del carácter sobrenatural del origen del universo? ¿De la observación y la experiencia? No: del criterio racional, del mismo procedimiento que empleó

Descartes en sus tres célebres pruebas de la existencia de Dios¹; del mismo que empleó Leibnitz para desenvolver y completar una de las tres pruebas cartesianas; del mismo que aplicó Kant cuando, por una honrosa inconsecuencia, reconstituyó en la *razón práctica* lo que había demolido en su *crítica de la razón pura*, dando valor objetivo al principio de las causas finales para salvar del naufragio de todas las creencias la idea de Dios y el carácter obligatorio de la ley moral, cimiento firmísimo de las humanas sociedades.

1 Las tres pruebas de Descartes son estas: 1.º Al mismo tiempo que yo me apercibo como un ser imperfecto, surge en mi ánimo la idea de un ser perfecto, y me siento obligado á reconocer que esta idea ha sido puesta en mí por un ser que posee todas las perfecciones de que yo tengo alguna idea. 2.º Yo no existo por mí mismo, porque entonces me habría dotado de todas las perfecciones de que tengo idea: luego existo por otro, y este ser por el cual existo es un ser enteramente perfecto, porque, si no, podría aplicarle el mismo razonamiento que me aplico á mí propio. 3.º Tengo la idea de un ser perfecto. Ahora bien: la existencia está comprendida en la idea de un ser perfecto, tan claramente como en la idea de un triángulo está comprendida la propiedad por la cual los tres ángulos son iguales á dos rectos. Luego Dios existe.

TERCERA SESIÓN

CONTINUACIÓN DE LA DOCTRINA DE STUART MILL

SEÑOKES:

Ocupémonos ahora de la segunda corrección ó enmienda que en la filosofía positiva introduce Stuart Mili, siquiera la presente con el disfraz de una simple aclaración.

Dice, en efecto, el filósofo inglés: «Repudiándola metafísica, Comte no renuncia al análisis y crítica de las concepciones abstractas del espíritu. Comte no ignoraba—*por más que muchas veces parezca olvidarlo*— que ese análisis y esa crítica son una parte necesaria del procedimiento científico, y acompañan al espíritu en todas sus operaciones. Lo que condena es la costumbre de concebir estas abstracciones mentales como entidades reales susceptibles de desplegar una fuerza, así como de producir fenómenos, y cuya enunciación puede ser mirada como una teoría ó explicación de los hechos. Nadie negará, á menos de ignorar enteramente la historia del pensamiento humano, que en la antigüedad y en la Edad media la especulación estuvo impregnada en el error que consiste en tomar por *realidades* meras *abstracciones*. Las famosas ideas de Platón fueron la generalización y la sistematización del error, que perpetuaron los aristotélicos. Las esencias, los *quid divinum*, las virtudes ocultas en las cosas, fueron aceptadas como una explicación *tona fide* de los fenómenos.»

Lo declaro francamente. Yo no concibo una filosofía que empiece proscribiendo la metafísica y, por tanto, la psicología, que es su antecedente indeclinable.

La filosofía positiva traza el cuadro del conocimiento humano, y fija los límites esenciales de la facultad de conocer. El hombre, dice, no conoce más que los fenómenos y sus relaciones de sucesión y semejanza. Hé aquí el dogma positivo. Ahora

bien: ¿concebís el conocimiento, cualquiera que sea su medida, extensión y alcance, sin un *sujeto* que conozca y un *objeto* conocido? Pues la metafísica es, ante todo y sobre todo, la ciencia del sujeto y de su relación con el objeto. Por de pronto es contradictorio en la filosofía positiva negar la idea de *sustancia*; porque al decir: «el hombre no conoce, nosotros no conocemos, yo no conozco más que los fenómenos y sus relaciones de sucesión y semejanza,» afirma con invencible certidumbre la existencia del *sujeto* que conoce. Podrá ignorar la naturaleza íntima ó esencia de esta sustancia, de este ser que piensa, que quiere, que siente, y que se distingue de sus voliciones, de sus sensaciones y de sus pensamientos; pero afirma su existencia *como ser uno é idéntico* que permanece siempre el mismo, en medio de la infinita variedad de fenómenos que en él se producen. Yo he atravesado ya la infancia y la juventud y estoy en la edad madura; he asistido á las aulas, he tenido amores, he sido diputado y ministro; he cambiado de ideas, de querer y de sentimientos y, sin embargo, en medio de este cambio incesante de decoraciones, yo soy siempre *el mismo sujeto* en escena.

Aparte ahora del principio fundamental de la filosofía católica, y colocándonos en el punto de vista de los libre-pensadores, todo sistema filosófico, á mi juicio, está obligado: primero, á tomar como punto de partida el «yo pienso, luego existo» de Descartes, porque es evidente que el hombre puede dudar de todo, menos de sí mismo, toda vez que, si duda, existe, y que al enunciar su duda, afirma su existencia; segundo, á hacer el inventario, el análisis y la crítica de todos los fenómenos del espíritu, sensaciones, sentimientos, percepciones, intuiciones, ideas, y, en suma, de los múltiples y variados elementos que entran en el conocimiento humano (método de Kant); tercero, como el hombre no sólo conoce sus propios actos y determinaciones, sino también cosas y objetos exteriores á él, es menester que estudie el objeto de su conocimiento. No es, por tanto, dueño de esquivar este problema. ¿Cómo mi espíritu, saliendo de su propia esfera, puede llegar á conocer

lo que no es él, lo que está fuera de él? ¿Cómo es que tiene la idea de otros seres, y que afirma con absoluta certidumbre otras realidades y otras existencias? ¿Es legítimo este tránsito del sujeto al objeto? ¿Dónde está el lazo que une estos dos elementos constitutivos del conocimiento humano? Pues hé aquí el problema fundamental de la metafísica, que se impone á nuestra inteligencia con irresistible imperio, y que forma á un tiempo el encanto y la desesperación de los más grandes genios de la humanidad desde la cuna de la civilización.

En suma: en mi humilde juicio, toda verdadera filosofía tiene que tomar como punto de partida *él pienso, luego existo* de Descartes, considerándolo, no como un silogismo, sino como un entimema, ó, mejor dicho, como una percepción inmediata de la conciencia; hacer luego un inventario de todos los fenómenos del espíritu y de los procedimientos que éste emplea para la investigación de la verdad, y explicar, por último, cómo el *yo* sale de sí mismo, cómo traspasa su propia esfera y llega legítimamente al conocimiento de los objetos que *no son él ni están en él*, y que, sin embargo, conoce con entera certidumbre. El lazo que une al sujeto que conoce con el objeto conocido, ó sea el valor objetivo de las ideas, la identidad del conocimiento y del ser es, sin duda, la cuestión más interesante y trascendental de la filosofía.

Perdonadme, señores; me iba engolfando sin querer en las más arduas cuestiones de la ciencia, con el riesgo de perderme en el laberinto de la metafísica. Mi propósito es más modesto; no aspiro, por falta de competencia, á construir un sistema filosófico, sino sólo á hacer una ligera crítica de la filosofía positiva, que sea como el comentario del sentido común.

Las frases de que Mili se vale para disculpar á Comte demuestran que éste ha suprimido el análisis y la crítica de las concepciones abstractas del espíritu, limitándose á combatir un error que, en efecto, es muy frecuente, sobre todo en el dogmatismo alemán: el error de tomar como realidades las meras abstracciones. ¿Quién cree hoy en la sustancia *hembra* ó en la sustancia *árbol*? Pero por estas exageraciones y extravíos de la

razón, ¿vamos á desconocer el papel importantísimo que representa la abstracción en las operaciones del espíritu? Pues este es el vacío que Mili se ha propuesto llenar con su tratado de lógica.

Y, sin embargo, cosa notable, Mr. Taine ha escrito una obra exclusivamente destinada al análisis y la crítica del positivismo de Stuart Mili; y en ese libro, del cual éste ha dicho que es imposible dar en tan cortas páginas una idea más exacta y completa de su sistema, como cuerpo de doctrina filosófica, Mr. Taine sostiene que Stuart Mili mutila el espíritu humano por excluir de sus operaciones á la *abstracción*, haciendo de la *experiencia* el criterio único del conocimiento. Permitidme que traduzca el siguiente pasaje que resume y condensa toda su crítica.

Dice Taine en el diálogo que simula con un inglés: «Prefiero la manera como los alemanes han conciliado la ciencia y la fe;» á lo cual responde su interlocutor: — Pero su filosofía no es más que una poesía mal escrita. — Tal vez. — Y lo que llaman razón ó intuición de los principios, no es más que la facultad de construir hipótesis. — Puede ser. — Pues los sistemas que han creado no han podido resistir la experiencia. — Os abandono su estilo. — Entonces, ¿qué conserváis? — Su idea de causa. — ¿Creéis, como ellos, que se descubren las causas por una revelación de la razón? — De ningún modo. — ¿Creéis, como nosotros, que se descubren las causas por la simple experiencia? — Mucho menos. — ¿Creéis que hay una *facultad* destinada á descubrir las causas y distinta de la *razón* y la *experiencia*? — Sí. — ¿Creéis que hay una operación intermedia entre la *iluminación* y la *observación*, capaz de obtener principios, como se asegura de la primera, capaz de obtener verdades, como se experimenta por la segunda? — Sí. — ¿Cuál? — La *abstracción*.

Y después de describir esta facultad y mostrar cómo funciona y cuan importante es el papel que desempeña en nuestras investigaciones, termina por esta conclusión: «Estas dos grandes operaciones, la *experiencia*, tal como la describe Stuart Mili, y

la *abstracción*, tal como yo he intentado definirla, constituyen por sí sola9 todos los recursos del espíritu humano. La una es la dirección práctica, la otra la dirección especulativa. La primera conduce á considerar la Naturaleza como un *conjunto* de hechos, la segunda como un sistema de leyes: empleada sola la primera, es inglesa; empleada sola la segunda, es alemana.» No hay para qué añadir, siendo francés Mr. Taine, que el destino de la Francia, al decir suyo, es conciliar á ambas naciones, templando, corrigiendo, completando el espíritu de la una por el espíritu de la otra; fundiendo los dos sistemas en uno solo, expresándolos en un estilo que todo el mundo entienda, y haciendo así de ellos el espíritu universal. Perdonemos este arranque de orgullo nacional, siquiera no sea más que en gracia del don privilegiado de la claridad, así como del carácter comunicativo y cosmopolita que constituye, á no dudar, el genio de la Francia.

No me propongo examinar la teoría de Mr. Taine. Si tal fuera mi propósito, no me sería difícil demostrar que la *experiencia* y la *abstracción* no pueden dar de sí, en caso alguno, lo *absoluto*, sino sólo las leyes generales que rigen los fenómenos del universo, y todavía sería tarea más sencilla analizar las proposiciones fundamentales, así del libro de Taine como del de Mili, y encontrar en ellas, unas veces explícita y otras implícitamente, la *noción absoluta de causa ó de sustancia*, noción que no puede menos de ser una revelación del espíritu, siquiera no nazca en él sino con ocasión y por el estímulo de la experiencia y la abstracción, á la manera que el fruto está en la semilla, por más que no se dé sin la acción de la tierra vegetal, del agua y del calor. Para que el fruto esté en el germen y surja de él, ¿obsta, por ventura, que el germen necesite del concurso de ciertas condiciones externas, sin las cuales no podría desarrollarse ni fructificar? Pues del mismo modo, para que lo absoluto sea una revelación de la razón, ¿qué importa que esa revelación no aparezca ni pueda aparecer sin el concurso previo de la experiencia y la abstracción, dado que la experiencia por sí sola no baste á provocar en el ánimo aquella sublime intui-

ción? Como quiera, es á mis ojos evidente que millones de hechos idénticos suministrados por la *experiencia*, y analizados, descompuestos, comparados y combinados de mil modos diferentes por la *abstracción*, podrán justificar la *inducción de leyes ó regla* generales*, pero no explicarán ni legitimarán jamás la idea de *causa ó de sustancia ó el principio de contradicción*, considerados, no como ideas generales, sino como nociones *absolutas y necesarias* que sojuzgan el entendimiento y se imponen, no sólo á todo lo *real*, sino á todo lo *posible*. La experiencia y la abstracción pueden, sin duda, enseñarme que no existe la contradicción según el orden establecido en el universo; pero mi razón va mas allá: mi espíritu me dice con certidumbre absoluta que, no sólo en el orden real, sino tampoco en el orden de lo *posible*, una cosa no puede ser y ser al mismo tiempo.

El Ser absoluto, Dios, á pesar de su omnipotencia, no podría realizar la contradicción.

Perdonadme, señores: estoy faltando á mi propósito, que no es ciertamente discutir con Mr. Taine. Si he citado á este filósofo, ha sido para poner de relieve que el positivismo de Comte, aun corregido y enmendado por Stuart Mili, suprime en las operaciones del espíritu la abstracción, fundando todo el conocimiento humano en la experiencia. Bajo este aspecto tienen razón los que le recuerdan el famoso axioma de Aristóteles: *nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*, corregido por Leibnitz con esta bella frase: *nisi ipse intellectus*.

¿Que serían, en efecto, los datos experimentales sin la virtualidad propia del espíritu? Lo que son los materiales de un edificio sin el arquitecto que le concibe y traza el plano y sin el obrero que hábilmente le ejecuta; lo que serían el lienzo, los colores, la paleta y los pinceles en manos de un niño ó un imbécil, que no os darían nunca el magnífico cuadro del *Juicio final* de la capilla Sixtina, debido principalmente al genio inmortal y á la divina inspiración del artista.

Pero no basta que Mr. Taine haya puesto de relieve el verdadero papel de la *abstracción*, porque esta facultad, defínase como quiera, ano desnaturalizarla caprichosamente, no alcanza

á producir ni explicar las ideas más trascendentales que forman el caudal de nuestra inteligencia. Por de pronto, Mr. Taine se queda sólo con la idea de causa. ¿Y por qué no con la de sustancia? Esta es irreductible á aquélla, y es al propio tiempo más fácilmente demostrable y evidente. ¿Queréis la prueba? Pues analizad gramaticalmente conmigo el párrafo de Taine que os he leído: «Prefiero,» afirmación del yo, «la manera como los alemanes,» afirmación de otras sustancias ó seres que no son yo, «han conciliado la ciencia y la fé,» afirmación de objetos del conocimiento que no son sustancias, que no son seres como los alemanes y yo. «¿Creéis, como ellos, que se descubren las causas por una revelación de la razón? ¿Creéis, como nosotros, que se descubren las causas por la simple experiencia?» *Ellos, nosotros, yo*, «afirmación de *sustancias ó seres;*» «razón, experiencia,» afirmación de facultades que no son seres, que están en el *yo* y son sus atributos, pero que se distinguen del *yo* ó nó son el *yo*.

Pero aún hay otra consideración más grave contra Mr. Taine: ó se altera caprichosamente la significación natural de las palabras, haciendo de la lengua un logogrifo, ó, si no, la *abstracción*, defínase como se quiera, no puede dar de sí más que lo *abstracto*, nunca lo *concreto*, que es su antítesis. Luego, en este caso, la abstracción podrá daros un *yo abstracto* y puramente *lógico*, pero no el *yo individual*; un mundo *abstracto*, pero no este mundo real y determinado que vemos y tocamos; un Dios *abstracto*, pero no el Dios *personal* de la razón y del cristianismo, el Dios creador y gobernador supremo del universo.

Una consideración para terminar. ¿Por qué en la sesión de esta noche he hablado de *metafísica*, no obstante mis protestas del primer día, extendiendo mi crítica, no solo á Comte y Stuart Mili, sino al mismo Taine? Porque ni el criterio positivo, ni la abstracción explican la *idea de Dios* ni la *ley moral*, que son los dos pilares sobre que descansan las ciencias morales y políticas. La idea del *deber* es una idea *disoluta*, y sólo á este título puede ser una *ley obligatoria* para la humanidad entera. El criterio positivo enseña lo que es, pero no lo que *debe* ser. El hombre lie-

va en su alma el *ideal* de la virtud, como el ideal de la belleza. Examinad la obra más portentosa del arte en los tiempos antiguos ó modernos, el mejor cuadro de Rafael, la mejor estatua de Miguel Ángel, los más celebrados poemas de Homero y de Virgilio, y no encontraréis una obra humana, por perfecta que parezca, que esté exenta de lunares. Siempre las bellezas particulares realizadas se quedarán por bajo del tipo ideal de la belleza absoluta, engendrada en nuestro espíritu con ocasión de la experiencia. Analizad la vida del justo, del más santo de los hombres, y encontraréis en él grandes flaquezas y miserias. Recordad la vida del mismo Jesucristo, el Santo de los santos, el Dios hecho hombre que murió en la cruz por redimir á la humanidad. Los mismos que audazmente niegan la divinidad de Jesús, como Strauss y Renán, realzan cuanto en lo humano cabe su alta personalidad y su alma superior y sublime, y confiesan que fué el tipo de la perfección moral, la cual surgió en su conciencia como la ley de su naturaleza y de su vida; y, sin embargo, no faltan teólogos más ó menos hortodoxos ó racionalistas que, después de encarecer el sermón de la montaña, en el que el pensamiento cristiano se derrama como fecundante lluvia de primavera, vean en la Oración del Huerto los desfallecimientos propios del flaco organismo humano, envoltura material, cárcel de barro que aprisionaba el espíritu sublime de nuestro divino Redentor.

CUARTA SESIÓN

En la última noche no pude, aunque lo intentó, acabar de diseñar el cuadro de las diferencias que existen entre el positivismo inglés, representado por Stuart Mili y el positivismo francés, tal como le expuso su fundador A. Comte. Hoy me propongo dar cima á este trabajo, con el deseo de entrar en breve en el estudio de la sociología.

No difiere tan sólo el filósofo inglés de A. Comte en la cuestión religiosa y en el papel que asigna á la *abstracción* en las operaciones del espíritu, sino que hay además entre ambos un disentimiento grave y trascendental, que no puede menos de producir resultados distintos y aun opuestos en la ciencia sociológica: aludo á la proscripción, por parte de Comte, de la experiencia interna, de la observación psicológica, del conocimiento directo de los fenómenos de la propia conciencia. Comte borra *la psicología* del cuadro de las ciencias, haciéndola figurar en la *biología*, y no más que como una simple rama de la *fisiología*. Comte sostiene que no podemos adquirir el conocimiento del espíritu humano sino estudiando sus manifestaciones en nuestros semejantes, nunca en nosotros mismos. Por la observación de nosotros mismos, podríamos, cuando más, aprender algo respecto de nuestros sentimientos, pero absolutamente nada respecto del entendimiento y de los fenómenos mentales, ó, para usar su misma frase, respecto de las funciones intelectuales y morales. Nuestra inteligencia, al decir suyo, puede observarlo todo, menos *á sí misma*, porque no podemos ser á un tiempo observadores y observados, *sujeto y objeto* de nuestra observación.

Stuart Mili combate con energía esta aberración, llegando hasta decir que lo único sorprendente sería que sofisma tan grosero sedujera el ánimo de nadie. Refutándolo, invoca en primer término la experiencia, juntamente con los trabajos de

Mr. de Cardaillac y Sir William Hamiltou, en prueba de que el espíritu humano puede, no sólo tener conciencia de más de una impresión á la vez y aun percibir simultáneamente un número considerable de impresiones, sino también prestar atención á todas ellas, por más que la atención se debilite dividiéndose, y que esto constituya una dificultad especial de la observación psicológica, según reconocen todos los psicólogos. Y además de esto, recuerda á Comte lo fácil que es estudiar un hecho, no en el instante mismo en que le percibimos, sino un momento después, sirviendo de intermediario la memoria. Reflexionamos sobre lo que hemos hecho cuando ya está consumado el acto, es verdad, pero hallándose todavía reciente en la memoria su impresión.

¿Y qué instrumento propone Comte, en lugar de la observación mental directa que repudia, para el estudio de las funciones morales é intelectuales? A esta pregunta contesta Stuart Mili: «Casi me da vergüenza decirlo: ¡la frenología!» Y la frenología, no como una ciencia ya formada, sino como una ciencia que está todavía por crear; pues es muy de notar que Comte desecha casi todos los órganos especiales imaginados por los frenólogos, no aceptando más que su división general del cerebro en tres regiones: las inclinaciones, los sentimientos y el intelecto, ó, según la corrección que hizo más tarde, los apetitos y emociones; las capacidades activas y las facultades intelectuales; el corazón, el carácter y el espíritu. Pues á pesar de todo, Comte mira este primer ensayo ó boceto de la distribución de las funciones mentales entre diferentes órganos, como un progreso, merced al cual se emancipa el estudio mental del hombre de la fase metafísica, elevándolo al *estado positivo*, que es, como sabéis, el coronamiento ó última etapa de la ciencia en sus evoluciones en la Historia. La condición de la ciencia mental, exclama Stuart Mili, sería bien triste en verdad si no hubiera otra esperanza ú otro camino para trasformarla en ciencia positiva; porque los últimos progresos de la observación y de la especulación fisiológicas tienden, no á confirmar, sino á desacreditar la hipótesis frenológica. Sobre que, aun admitiendo

como verdadera semejante hipótesis, sería siempre necesaria la observación *psicológica*, porque para demostrar que existe una relación ó correspondencia exacta entre las funciones mentales y la conformación cerebral, es menester estudiar, analizar y conocer á fondo los dos términos de la comparación.

Señores: no voy a engolfarme en este debate, un tanto vivo, entre el filósofo inglés y su pretendido maestro. He dicho ya á otro propósito que no comprendo sistema alguno filosófico que no tome como punto de partida el célebre *enti-mema* de Descartes, y que no se ocupe en seguida en analizar los fenómenos del espíritu por un método análogo al que siguió Kant en su crítica de la razón pura, aunque corrigiendo naturalmente los errores en que incurrió, y llenando las lagunas que dejó el filósofo de Kocnisbergs, gloria de Alemania. Penetrar ahora en las profundidades de la filosofía para refutar á Comte y reivindicar la legítima importancia de la *psicología*, sería desnaturalizar el tema de mis conferencias, transformándolas en un curso de filosofía.

Pero ya que mi compromiso versa sobre el estudio de la *sociología*, permitidme analizar un hecho de la mayor trascendencia, que á mi juicio no puede llegar á conocerse sino por la observación y la experiencia íntimas; y así, sin salir de la órbita que me he trazado, podré vengar á la *psicología* del desden con que la trató el fundador del positivismo.

Aludo al *remordimiento*, que no es ciertamente el fundamento del deber, pero sí su sanción providencial, el castigo impuesto por la mano de Dios al delincuente. En ese fenómeno anímico y puramente interno, la conciencia es á la vez testigo, acusador y juez inexorable de las infracciones de la ley moral. Y notad bien toda su importancia, singularmente dentro de un sistema que no admite otro criterio, para la investigación de la verdad, que el de la observación, la experiencia y la inducción. Si el remordimiento existe, existen la ley moral y la libertad, porque ¿cómo se concibe el remordimiento sin una regla obligatoria á que el hombre deba sujetar sus actos y un agente libre en sus determinaciones, de tal suerte, que pueda

á su voluntad observarla ó infringirla? Cuenta que, al decir esto, no es mi ánimo afirmar que el conocimiento de la idea del deber y de la libertad no tenga otro cimiento más firme que la inducción fundada en el hecho experimental del remordimiento. No: ya he demostrado en otra ocasión que la idea del deber surge en el ánimo á propósito de toda acción ú omisión, de la propia suerte y con los mismos caracteres que brotan en el entendimiento las ideas de *tiempo* y *espacio* con ocasión de la percepción externa de los cuerpos. He demostrado, á la par, que el hombre se siente y se conoce libre por una intuición, por una percepción directa é inmediata de la conciencia, de tal modo, que á la libertad es perfectamente aplicable el célebre *entimema* que Descartes formuló para establecer la certidumbre de nuestra propia existencia ¹. Pero á la verdad se llega por muchos caminos: todas las ideas y todos los fenómenos del orden moral están unidos por un engranaje tan sólido y perfecto, que no hay fuerza humana que alcance á romperle. Sucede con ellos lo que con una cadena: asidla por cualquiera de sus eslabones, y levantaréis con la mano la cadena entera.

Pues bien: yo juzgo difícil en extremo, por no decir imposible, que el hombre llegara á formarse idea del *remordimiento* sin la observación y la experiencia íntimas. El criminal, el simple pecador, se avergüenzan de su delito ó de su falta, y buscan la soledad y apelan al disimulo, no sólo por temor á las leyes, sino también por no perder la estimación de sus semejantes y verse condenados al desprecio público. Y esto aun en el caso de un arrepentimiento sincero, el cual no siempre acompaña ó sigue al remordimiento. Cierto es que éste, como dice elocuentemente Laccordaire, precede á la virtud como la aurora al día; pero también á veces el malvado intenta ahogar el grito de su conciencia revolcándose más y más en el lodazal del crimen, á la manera que muchos desgraciados, para distraer su honda pena, se entregan á la crápula y á la embriaguez. Por esto en la Athalia pone el gran trágico francés en boca de Mathán estas palabras:

1 Véase mi libro sobre los derechos individuales.

Heureux si je puis,
á forcé d'attentats, perdre tous mes remords.

El remordimiento no es sólo un pesar, un sufrimiento más ó menos acerbo; es principalmente una censura, un reproche, una acusación de la conciencia, por lo cual el que lo siente lo oculta avergonzado á todas las miradas, y busca afanoso los lugares solitarios. ¿Cómo, pues, llegaríamos á conocerle por la simple observación de nuestros semejantes? Yo no digo que, una vez conocido por la experiencia propia, no sea posible alguna vez, fijándose en la contracción de la fisonomía y en lo inquieto y movable de la mirada, adivinarle en el prójimo á través de todas las artes del disimulo; pero sobre que siempre nuestro juicio sería inseguro, como fundado en simples sospechas y livianas conjeturas, la verdad es que ni aun ese aéreo juicio sería posible si no pudiéramos comparar el sentimiento revelado por aquellos signos exteriores, con el que hemos experimentado de antemano nosotros mismos.

Pues qué, me diréis, ¿por ventura somos todos criminales? No: pero somos todos pecadores, y basta la más ligera falta para sentir el aguijón del remordimiento. «El que se sienta libre de pecado, que arroje la primera piedra.» ¿Quién de vosotros, singularmente si habéis tenido la desgracia de perder á una madre adorada, no sentirá un agudo dolor al recordar cuánto debió lacerar su amantísimo corazón una frase áspera y desabrida, ó un acto de indiferencia ó de desvío de parte del hijo de sus entrañas?

En un sistema que no admite lo que Kant llama las *ideas* de la razón, las *categorías* del entendimiento y las *formas* de la sensibilidad, en un sistema que asimismo rechaza, como medio de conocer, la intuición ó la percepción inmediata de la conciencia, y, en suma, en un sistema que no admite más criterio de verdad que la *inducción* fundada en la observación y la experiencia, es de la mayor importancia y trascendencia para las ciencias morales y políticas el hecho de admitir ó desechar la *psicología*. La verdad es que desterrar la observación *interna* es aniquilar la filosofía, la cual, en rigor, se resume toda entera

en esta sublime frase estampada en el templo de Delphos: *Nosce te ipsutn.*

Resumiendo ahora esta conferencia y la anterior, resulta que el positivismo inglés, representado por Stuart Mili, se distingue profundamente del positivismo francés, tal como lo expuso su fundador. Al ateísmo de Comte opone transparentemente el filósofo inglés su creencia en el Dios personal del cristianismo. A la tendencia materialista del maestro, que no admite otro criterio de verdad que la observación y la experiencia, opone su discípulo más eminente la importancia que la *abstracción* tiene en las operaciones del espíritu; de manera que Stuart Mili hace en rigor con el fundador del positivismo lo que Leibnitz con Aristóteles, cuando recordando la máxima: *nihil est in intéllectu qtiod prius non fuerit in sensu*, añadió *nisi ipse intellctus*. Y, por último, mientras Comte desgaja del árbol de la ciencia su rama más frondosa y fructífera, la *psicología*, Stuart Mili la recoge cuidadosamente, la deposita en fértil suelo, y cultivándola con esmero, la ve gozoso echar raíces sanas y profundas, y convertirse en vigoroso retoño, que lozano crece y se desarrolla hasta dar, no solo opimos frutos, sino sombra beneficiosa al árbol mismo de donde la cortó un leñador indiscreto, que no un podador inteligente.

Pero maestro y discípulo coinciden en la proscripción de la metafísica y en la negación de lo absoluto; negación que, á más de hacer imposible toda teodicea, diga lo que quiera Stuart Mili, que en este punto ha sacrificado la lógica y la consecuencia al espíritu práctico y eminentemente piadoso de la raza inglesa, destruye á la par el cimiento de la ley moral y del deber, con lo cual se desploma y derrumba el edificio entero de la sociología ó de las ciencias morales y políticas.

Coinciden, asimismo, en la hipótesis atrevida, á mi juicio falsa, pero de todas suertes eminentemente dogmática y contraria al criterio positivista, de las tres etapas que recorre el pensamiento humano en todas las esferas del saber á través del espacio y del tiempo.

¿En qué consiste, pues, el mérito principal del positivismo?

En que es una enérgica protesta contra los excesos de un dogmatismo ambicioso y absorbente, que, confundiendo lo abstracto con lo concreto, tomando por realidades las hipótesis más aventuradas, y abusando del procedimiento deductivo, hacía de la ciencia un verdadero laberinto, y la tenía como estancada ó estacionaria, impidiendo su verdadero progreso, el cual no se puede alcanzar, singularmente en las ciencias físicas y naturales, sino con la observación, la experiencia, el análisis y la inducción.

Pero no exageremos tampoco este mérito, que al cabo, sobre ser incompleto tal criterio, y, por lo tanto, *falso* todo sistema que le erija en *organum esclusivo* del conocimiento humano, tampoco tiene nada de original. Mucho antes de nacer el fundador del positivismo, Copérnico, Galileo y Kepler habían descubierto el movimiento de la tierra, y Newton, Laplace, y Herschell la ley de la gravitación universal y el sistema del génesis de los mundos, y los hermanos Montgolfier la navegación aérea, y Papin y Watt el vapor y sus aplicaciones á la navegación marítima, y Galvani la electricidad, y Fresnel el faro que sirve de guía al navegante, y Franklin había arrancado su secreto al rayo que se fragua en las nubes é infunde al ánimo pavor y espanto. Anteriores son al llamado positivismo la brújula, el telescopio, el microscopio, el termómetro, el barómetro, la máquina neumática, el cronómetro, la imprenta, los caminos de hierro y el telégrafo; todos estos inventos prodigiosos con que la inteligencia del hombre ha metamorfoseado la tierra, haciendo de ella una nueva creación. Y todos estos adelantos así como la fundación de la química, de la geología, de la fisiología y de tantas otras ramas de la ciencia, son sin duda el resultado de la observación, de la experiencia, del análisis y la inducción, cuyo método no es ciertamente un hallazgo maravilloso debido á los positivistas, sino la aplicación natural y á veces inconsciente de uno de los varios procedimientos de que se vale la humana inteligencia para la investigación de la verdad; procedimiento que ha sido sistematizado y explicado científicamente y proclamado como criterio filosófico por Bacon

en los tiempos modernos y por Aristóteles en la antigüedad.

El mérito, pues, del positivismo se reduce a haber restablecido este método, proscrito por el dogmatismo alemán, devolviéndole el cetro que había perdido en el imperio de la ciencia.

¿Hasta qué punto han sido fieles á él los positivistas en la ciencia sociológica? Esto es lo que hemos de examinar en conferencias ulteriores. Por de pronto, ya habéis visto que han hecho traición á su criterio en lo único que constituye la originalidad del sistema, y de que están tan orgullosos; en la hipótesis de las tres etapas que atraviesa el pensamiento humano, cualquiera que sea el objeto á que se aplique ó la esfera en que se mueva, en su evolución por el espacio y el tiempo.

QUINTA SESIÓN

HERBERT SPENCER

SEÑORES:

Habrá, sin duda, quien, teniendo ya por escritores anticuados á Comte y Stuart Mili, censure que no me haya ocupado con preferencia en el juicio de otros positivistas más modernos. No me sorprendería tal crítica en vista de la vertiginosa rapidez con que se suceden en nuestro siglo las ideas, y de los innumerables libros que vomitan cada día las prensas de Europa y América. Pero, señores, tratándose de estudiar y analizar *el credo positivista*, ¿cómo no dar la prelación al autor del nuevo evangelio? Y si entre sus apóstoles y discípulos hay algunos disidentes, ¿es, por ventura, para olvidado Stuart Mili, el filósofo más eminente de su época?

Permitidme, por otra parte, que me parapete, para mi más cumplida defensa, tras de las palabras autorizadas de Mr. Littré, el San Pablo de la doctrina de Comte. Dudaba Littré, al hacer la última edición del curso de filosofía positiva de su maestro, si retocar ó no la obra de éste en puntos en que, después de escrita, se han hecho grandes progresos; y se decidió á mantener la integridad del texto, fundándose en la siguiente decisiva observación:

- Ninguno de estos progresos ha tocado al *fundamento* de la filosofía positiva. El libro de Mr. Comte es un libro, no de ciencia especial, sino de *ciencia general*. Si durante los últimos cuarenta años hubiese sobrevenido algo que, cambiando el espíritu de la ciencia, la forzara á renunciar en uno ú otro punto al *método positivo*, seguiríase de aquí que la filosofía positiva, cuyo título y cuya gloria consisten en trasportar su método del orden especial al orden general, perdería su razón de ser y se derrumbaría como tantas otras concepciones sistemáticas que

no son sino meros accidentes en el desenvolvimiento del pensamiento colectivo de la humanidad. Por fortuna, no es así: los progresos contemporáneos no debilitan nada, y por consiguiente *lo confirman todo.* »

Se ve, pues, que el *positivismo* es, en su esencia, *invariable* hasta el punto de que ni el progreso humano, á pesar de ser indefinido, puede llegar en los siglos venideros á quebrantar su base, sopeña de quedar convencido de impotencia y falsedad. Mucho menos podrán alterarle sus discípulos y adeptos, cuya esfera de acción tiene por necesidad que limitarse á mejorar los detalles y aplicaciones del credo positivista. Lo digo sin la menor ironía, y sinceramente convencido de que Mr. Littré tiene razón. Si el positivismo fuera solo un criterio, un *novum organum* para el descubrimiento y demostración de la verdad, cabría tal vez modificarle y mejorarle, como cabe modificar ciertas soluciones de Comte, á propósito de determinados problemas filosóficos y sociológicos; pero ya he dicho que, bajo el punto de vista del procedimiento para la investigación de la verdad, el positivismo no ha puesto al servicio de la inteligencia ningún instrumento que no fuera de antiguo conocido. Lo que ha traído de nuevo es el *dogma* de las tres fases por que necesaria é ineludiblemente pasa el conocimiento en todos los ramos del saber humano, y, por consiguiente, ó este dogma resulta cierto, ó no: si lo primero, el positivismo representa la verdad y triunfará definitivamente en la ciencia; si lo segundo, hay que condenarlo al olvido como una de tantas aberraciones propias de la humana flaqueza. Y de aquí nace naturalmente otro dilema análogo aplicable á los escritores: Ó el escritor de quien se trate cree en aquel dogma, ó no: si no cree en él, será un gran filósofo y manejará á las mil maravillas el criterio analítico y experimental, pero no será positivista. Eecondad que el mismo Stuart Mili, al separarse de su maestro en la cuestión sobre la existencia de un Creador y Gobernador supremo del universo, se apresuró á exclamar: « No están obligados á seguir en esto á Comte *los que aceptan su teoría sobre las fases progresivas de la creencia humana.* » De donde lógicamente

se infiere que es esta, y no otra, la nota característica esencial é invariable del positivismo.

Por último, se escriben, sin duda, muchos libros de filosofía positiva; pero los nombres de sus autores serán probablemente ignorados de las generaciones venideras, salvándose, cuando más, del naufragio, y flotando á la superficie, Comte y Stuart Mili.

Mas ¿por qué no hablar al menos de Herbert Spencer? se dirá. Porque no es positivista: él mismo protesta enérgicamente contra semejante filiación, á propósito de un artículo crítico de Augusto Laugel, inserto en la *Bevue des deux mondes*. A creer su testimonio — y no hay motivo alguno para dudar de su veracidad, — hasta 1853 apenas si conocía á Augusto Comte más que de nombre, y por tal cual reseña ó resumen de su doctrina, hecho por algún escritor inglés. Y aunque bien pudiera acontecer que, sin haber leído en sus originales las obras del fundador del positivismo, hubiera coincidido con él en lo fundamental de su sistema, ó que inconscientemente negara á éste la paternidad de sus ideas por la manía de la originalidad, tan frecuente en la flaca naturaleza humana, la verdad es que no hay posibilidad de hacerle figurar ni siquiera entre los discípulos *disidentes* de la escuela positiva, después del paralelo que ha hecho entre su doctrina y la de su pretendido maestro.

Verdad es que hay ciertos principios que son comunes á uno y otro, como, por ejemplo, el de que todo conocimiento proviene de la experiencia; el de que al hombre no le es dado conocer más que los fenómenos, nunca las causas primeras ni las esencias de las cosas, ó sea que el conocimiento humano es relativo, no absoluto; y, por último, el de que los fenómenos se rigen por leyes naturales invariables, entendiendo por tales las relaciones constantes y uniformes que presentan aquéllos entre sí. Pero estos principios no son propiedad exclusiva ni menos invención de la filosofía positiva; son anteriores á ella, y habían sido expuestos sistemática y científicamente mucho antes de nacer A. Comte. Confesando con nobleza Spencer que no es á éste, sino á sir Willian Hamilton, á quien debe estas

ideas fundamentales, ó, mejor dicho, la claridad con que su entendimiento ha llegado á verlas, recuerda que el mismo Hamilton coloca entre los escritores que han proclamado la relatividad del conocimiento humano á Protágoras, Aristóteles, San Agustín, Búecio, Averroés, Alberto el Grande, Gerson, León el Hebreo, Mélancton, Scalígero, Francisco Piccolomini, Jordán Bruno, Campanella, Bacon, Spinoza, Newton y Kant. ¿Son, por ventura, discípulos de Comte estos grandes filósofos, algunos de los cuales desaparecieron del teatro de la vida miles de años antes de que él viera la luz del sol? Pues si éstos no, ¿porqué lian de serlo los que han venido después y han profesado iguales ideas y empleado el mismo método en la investigación de la verdad, leyendo ó sin leer la *filosofía positiva*? Comte mismo no tiene tan ambiciosa pretensión. Lo he dicho ya en mi primera conferencia, y lo demuestra concluyentemente Herbert Spencer copiando estas frases de aquél: «Hay, sin duda, mucha analogía entre mi *filosofía positiva* y lo que los sabios ingleses entienden, sobre todo desde Newton acá, por *filosofía natural*.. » « El gran movimiento impreso al espíritu humano dos siglos há por la acción combinada de los preceptos de Bacon , las concepciones de Descartes y los descubrimientos de Galileo, señala el momento en que el espíritu de la *filosofía positiva* ha comenzado á pronunciarse en el mundo. »

Por consiguiente, el criterio de Augusto Comte, sus procedimientos de investigación y sus ideas sobre la naturaleza y los límites del conocimiento humano no son patrimonio suyo, sino un caudal acumulado por los siglos y trasmitido de generación en generación, del cual participan con igual derecho que él todos cuantos se consagran al cultivo de la ciencia.

Ni se contenta Herbert Spencer con la demostración de que Comte no ha aumentado en un óbolo esta herencia común legada por lo pasado á lo presente, sino que añade que no podía hacerlo desde el punto y hora en que proscribió la *psicología*, única rama de la ciencia del espíritu que puede dar la verdadera teoría sobre la naturaleza y los límites del conoci-

miento. Es más: Herbert Spencer entiende que no solamente las ideas adquiridas por el hombre y, por tanto, las transmitidas de generación en generación se derivan de la experiencia, sino que también las facultades mismas que sirven para la adquisición de estas ideas son el producto de las experiencias acumuladas y organizadas, transmitidas por las razas anteriores. De modo que, aun en esta parte general de la ciencia, utilizada, mas no inventada por el fundador de la filosofía positiva, difiere de éste el célebre filósofo inglés en dos puntos importantes: 1.º, el relativo á la existencia y legitimidad de la psicología como ciencia del espíritu, y 2.º, el que se refiere á la índole y naturaleza de la facultad de conocer.

Pero tratándose de la filiación de Herbert Spencer, ó de cualquier otro filósofo, es inútil fijarse en estas nociones generales, comunes á muchos pensadores anteriores y posteriores á A. Comte; lo pertinente, lo que hay que examinar, es si participa ó no de los principios fundamentales del sistema de éste, si acepta ó no lo sustancial, lo que constituye la fisonomía peculiar y propia de la *filosofía positiva*; y en este punto, Spencer hace una oposición radical á Comte, de tal modo, que sin violentar el sentido natural de las palabras, no puede decirse que sea su discípulo, ni siquiera un simple disidente, sino su franco y decidido antagonista.

Y, en efecto: recordáis, sin duda, señores, que lo que, según la frase de Stuart Mili, forma la espina dorsal de la *filosofía positiva* de Comte, es la doctrina de que el espíritu humano, por su naturaleza, emplea sucesivamente en todas las ramas de la ciencia y en cada una de sus concepciones, tres métodos esencialmente diferentes y aun opuestos: el teológico, el metafísico y el positivo. Pues bien: Spencer sostiene que el procedimiento del espíritu, en todas sus concepciones y en cada ramo de nuestro conocimiento, es y será siempre el mismo, invariable é idéntico desde la cuna de la humanidad hasta el término de la civilización. No desconoce Spencer que el progreso no se realiza de un salto y, por tanto, que el espíritu humano camina por etapas, empezando por suponer causas concretas é individuales y

acabando por llegar á la conciencia de una causa universal, cuya esencia desconoce, pero cuya realidad le revelan los fenómenos que toca. Lo que hay es que, á juicio de Spencer, estas transiciones intermedias no responden al artificio de los tres métodos distintos de filosofar, inventados por Comte, sino á la marcha lenta y trabajosa que sigue el espíritu humano en sus generalizaciones, las cuales se van elevando progresivamente y acercándose á la unidad á medida que se acumulan las experiencias y se forman y simplifican los grupos de fenómenos por el descubrimiento de las semejanzas que les unen entre sí. Spencer cita, en prueba de que el procedimiento del espíritu es siempre intrínsecamente el mismo, la integración que se ha hecho recientemente del calor, la luz y la electricidad como modos del movimiento molecular. En suma, y si yo no he entendido mal al filósofo inglés, el hombre primitivo, como el civilizado, observa, compara, induce y generaliza; sólo que sus generalizaciones se van elevando progresivamente, á medida que las experiencias se acumulan y que descubre en los fenómenos nuevas y antes ignoradas semejanzas, hasta que de generalización en generalización llega á la conciencia de una causa universal. La observación, la experiencia, la facultad de inducir y de generalizar, y la idea de causa, si no con un valor objetivo y absoluto, como ley subjetiva de nuestro entendimiento. Tal me parece ser el sistema de Herbert Spencer; y en verdad que está separado por un abismo insondable del de Comte, si yo he acertado á interpretar su pensamiento.

Y que no he debido interpretarlo mal, lo revela el siguiente paralelo que hace Spencer entre su doctrina y la del fundador del positivismo:

«El sistema teológico, según éste, llegó á la más alta perfección de que era capaz cuando sustituyó la acción providencial de un ser único al variado juego de numerosas divinidades independientes, primitivamente imaginadas. De la propia suerte, el último término del sistema metafísico consiste en concebir, en lugar de diferentes entidades particulares, una sola gran entidad general, la *Naturaleza*, considerada como el único origen ó

fuelle de todos los fenómenos. De igual ó semejante modo, la perfección del sistema positivo, hacia la cual tendemos sin cesar, aunque es lo probable que no la alcancemos nunca, sería poder representarse todos los diversos fenómenos observables como casos particulares de un solo hecho general: por ejemplo, del hecho de la gravitación.» «Finalmente, Comte considera como absolutamente inaccesible y vacía de sentido para nosotros la investigación de lo que el mundo llama *la; causas*, así de las causas primeras como de las finales, siendo el principio fundamental de su filosofía una profesión de ignorancia tocante á la causa en general.» Pues bien: oigamos ahora á Spencer: «Así como la marcha del pensamiento es *una, uno* es también su punto de llegada. No son posibles tres concepciones últimas, sino solamente *una*. Lo que hay es que cuando la idea teológica de la acción providencial de un solo ser, reemplazando las causas secundarias independientes, ó sea la hipótesis de múltiples divinidades, se ha desenvuelto en el espíritu con la claridad que le es propia, toma naturalmente la forma de la concepción de un ser, cuyo poder, siempre activo, se manifiesta bajo todos los fenómenos, desapareciendo, por tanto, del pensamiento todos aquellos atributos antropomórficos que distinguían la idea primitiva. Asimismo, el pretendido último término del sistema metafísico, ó sea la concepción de una sola entidad general, *la naturaleza*, considerada como el manantial de todos los fenómenos, es una concepción idéntica á la primera; es la idea de una sola causa que, apareciéndose como universal, deja de ser mirada como concebible, pero que no difiere más que en el nombre de la idea de un solo ser que se manifiesta en todos los fenómenos. Y de igual modo, lo que se nos describe como la perfección ideal de la ciencia, es decir, el poder de representarse todos los fenómenos observables como casos particulares de un solo hecho general, implica la idea de una última existencia en la que se encarna este hecho único; y la creencia en esta última existencia, constituye un estado de la conciencia, idéntico á los otros dos.»

Por último, el corolario de todo esto, lo que pudiéramos lia-

mar el *substratum* del sistema de Spencer, está en las siguientes frases: «Aunque nuestras generalizaciones, al extenderse, reducen para nosotros el número de las causas, y hacen las nociones que de ellas tenemos cada vez mas indefinidas; aunque las causas múltiples, al reducirse á una causa universal, no pueden ya ser representadas en el espíritu, para el cual dejan de ser comprensibles; sin embargo, queda la idea de causa al fin lo mismo que al principio, dominando el pensamiento y siendo en él indestructible. El sentimiento y la idea de causa no pueden ser destruidas sino destruyendo la conciencia misma.»

Razón tiene después de esto Spencer para decir: «Afirmando yo todo lo contrario de lo que afirma Comte, estoy fuera de la escuela positiva. Como en sentir mío lo que Comte llama positivismo es de una imposibilidad absoluta, es claro que no soy ni puedo ser positivista.»

Y no lo es en efecto, á menos de dar el mismo nombre á Aristóteles, Bacon y Kant, á cuantos filósofos han empleado en sus indagaciones el método analítico y experimental, admitiendo, sin embargo, el *principio de causalidad* como una ley de nuestro entendimiento. No lo es, á menos de considerar el positivismo, no como un sistema filosófico, sino simplemente como una tendencia general, ó, más bien, como una protesta contra el abuso de la abstracción y del dogmatismo alemán. En este último sentido son positivistas casi todos los escritores contemporáneos, aunque no hayan leído á Comte, ó, conociéndole, desechen todo lo que hay de especial y propio en *su filosofía positiva*.

Así se ve que Herbert Spencer, no sólo disiente de él en los fundamentos del sistema, sino también en todas sus aplicaciones. Ya he indicado que mientras Comte borra del catálogo de las ciencias la *psicología* por considerar imposible que el espíritu analice sus propias ideas, siendo á la par sujeto y objeto del conocimiento, Spencer ha escrito una obra intitulada *Principios de psicología*, mostrando en ella su fe viva y profunda en una ciencia *subjetiva* del espíritu. ¿Se trata de la biología? Pues mientras Comte coloca la cuestión sobre el origen de los seres orgánicos en el número de las especulaciones ociosas, estable-

ciendo como un supuesto indiscutible la inmutabilidad de las especies, Spencer afirma que esta cuestión magna puede ser resuelta, y que lo será temprano ó tarde; añadiendo que la parte de la *biología* que trata del origen de las especies le parece la más importante, hasta el punto de estarle subordinadas todas las demás, y que de la solución que la biología dé á este problema, dependen enteramente nuestra concepción de la naturaleza humana en lo pasado, lo presente y el porvenir, la teoría de la inteligencia y la teoría de la sociedad.

¿Se trata de la clasificación de las ciencias? Pues la de Spencer se separa radicalmente de la de Comte. Y cuenta, señores, que esta obra de arte es siempre y no puede menos de ser una derivación lógica y una expresión fidelísima del sistema filosófico que la produce é informa. A juicio de Comte, las ciencias se desenvuelven en *cierto orden* determinado por el grado de generalidad de los fenómenos, empezando naturalmente por los más simples. Su trabajo da por resultado definitivo la existencia de seis ciencias fundamentales: las matemáticas, la astronomía, la física, la química, la fisiología y la física social, con las cuales forma una escala enciclopédica, declarando que es la única lógicamente conforme con la jerarquía natural é invariable de los fenómenos; y alega, como razón de su teoría, que exigiendo cada ciencia fundamental el estudio previo de todas las que preceden en su escala ó jerarquía enciclopédica, no ha podido hacer progresos reales ni tomar su verdadero carácter sino después de un gran desenvolvimiento de las ciencias anteriores relativas á fenómenos más generales y abstractos y menos complicados.

Por el contrario, Spencer, como si premeditada y sistemáticamente se hubiera propuesto contradecir en todo á Comte, niega que el desenvolvimiento histórico de las ciencias haya tenido lugar en el orden que éste supone, ni en otro orden alguno de *serie*. No hay, dice, *verdadera filiación de las ciencias*. Desde el origen, las ciencias abstractas, las abstracto-concretas y las concretas han progresado juntas: las primeras resolviendo los problemas que las segundas y las terceras van planteando, y las

segundas concurriendo también con las primeras á la solución de los problemas planteados por las terceras. Durante su marcha progresiva, ha habido acción y reacción continua entre las tres grandes clases que forman; progreso de los hechos concretos á los abstractos; y, en seguida, aplicación de los hechos abstractos al análisis de nuevas clases de hechos concretos. Tal es, á los ojos de Spencer, el *génesis* de la ciencia.

¿Y qué diremos de la disconformidad de ideas de estos dos célebres escritores, en cuanto á la Religión? Comte no admite en su filosofía la idea y el sentimiento de una causa que se manifieste al hombre bajo todos los fenómenos; y, sin embargo, reconociendo la necesidad de una religión, da á ésta por objeto el culto á la humanidad. La vida colectiva de la sociedad es, en el sistema de Comte, *el Ser Supremo*, el único Ser que podemos conocer y, por consiguiente, el solo que podemos adorar. Spencer dice por el contrario: «Yo entiendo que el objeto del sentimiento religioso continuará siendo lo que ha sido siempre; el origen desconocido de las cosas. Mientras que *las formas* bajo las cuales los hombres tienen conciencia de la causa desconocida de las cosas *cambian y desaparecen*, la *sustancia* que existe en el fondo de este fenómeno de conciencia, *permanece siempre la misma*. Empezando por la concepción de agentes imperfectamente conocidos; pasando en seguida á la concepción de agentes cada vez menos conocidos y menos susceptibles de serlo, y llegando, en fin, á la concepción de una causa universal como absolutamente inconoscible, el sentimiento religioso ha alcanzado *su objeto*, del cual no cesará de ocuparse jamás. Llegado, en el término de sus evoluciones, á lo infinito inconoscible, como objeto de contemplación, este sentimiento no puede ya, á menos de retrogradar, tomar de nuevo como objeto de contemplación un finito conocible como la humanidad.»

Ciertamente, señores: la teoría de Spencer no satisfará del todo las exigencias de vuestro entendimiento, ni mucho menos las necesidades de vuestro corazón; pero no podréis menos de reconocer que es más racional y elevada que la de Comte, que confunde sacrilegamente en una misma persona al ser que

adora y al Ser adorado, á la criatura y al Criador, y que presenta a la humanidad rindiéndose culto á sí propia y suplantando impíamente el trono de Dios. Juzgúese como se quiera el sistema religioso del filósofo inglés, hay que convenir en que es la antítesis del sistema religioso del fundador del positivismo.

Ni son menos esenciales las diferencias que le separan de su pretendido maestro en *sociología*, en esta ciencia que locamente presumía haber creado el autor de la *filosofía positiva*, en quien no sobresale, en verdad, la virtud de la modestia.

Según Comte, la sociedad más perfecta será aquella en que el Gobierno haya alcanzado su mayor desenvolvimiento, en que las distintas funciones se hallen, mucho más que lo están ahora, sometidas á una reglamentación pública, en que la jerarquía fuertemente organizada y armada de una autoridad reconocida lo dirija todo; en que la vida individual esté subordinada en gran parte á la vida social.

Spencer, por el contrario, cree que el ideal á que caminamos es una sociedad en que casi se eclipse el Gobierno, aumentando en la misma proporción la libertad; en que por la disciplina social, la naturaleza humana se amolde á la vida civil de tal manera, que haga inútil toda represión exterior, dejando á cada cual señor de sí mismo; en que el ciudadano no sufra traba alguna en su libertad, salvo la puramente necesaria para asegurar á los demás una libertad igual; en que la cooperación espontánea, que ha desenvuelto y continúa desenvolviendo con una rapidez siempre creciente nuestro sistema industrial, haya creado, ó cree agencias para el ejercicio de casi todas las funciones sociales, no dejando otra tarea á la acción gubernamental, tan invasora y absorbente en otros tiempos, que la de ser la salvaguardia de la libertad y hacer posible aquella espontánea cooperación; una sociedad en la que el desenvolvimiento de la vida individual no tenga otros límites que los de la vida social, y en que la vida social no tenga más fin que el de asegurar el libre desenvolvimiento de la vida individual.

Como se ve, la antítesis es completa. Representa los dos

polos opuestos de la esfera sociológica. El uno es en rigor socialista, é individualista radical el otro. Para éste, el individuo debe serlo todo y el Gobierno nada; mientras que en la noción que aquél tiene del Estado, el ciudadano es un menor de edad sometido á la tutela omnipotente del Gobierno del país.

Y para que la divergencia entre ellos sea total y más profunda, ni siquiera están de acuerdo en cuanto á los resortes que imprimen el movimiento á las sociedades humanas. Comte se cree exento de la obligación de probar que las ideas son las que gobiernan ó trastornan el mundo. ¡Tan evidente le parece esta tesis! A sus ojos todo el mecanismo social descansa, en definitiva, sobre las opiniones, y por esto afirma, como indiscutible, que la gran crisis política y moral de las sociedades actuales procede de la anarquía intelectual.

Spencer, por el contrario, dice: « No son las ideas las que gobiernan ni trastornan el mundo: el mundo es gobernado ó trastornado por los sentimientos, á los cuales solamente sirven de guía las ideas. El mecanismo social no descansa en definitiva sobre las *opiniones*, sino, casi enteramente, sobre el *carácter*. Por esto, la causa de las crisis políticas no es la anarquía intelectual, sino el antagonismo moral. Todos los fenómenos sociales son producidos por el conjunto de los sentimientos y de las creencias humanas; pero los sentimientos son determinados en gran parte previamente, mientras que las creencias lo son después. Las pasiones de los hombres son, ante todo, hereditarias; pero sus creencias son, en general, adquiridas, y dependen de las circunstancias en que se encuentran colocados. Ahora bien: entre estas circunstancias, las más importantes dependen del estado social, el cual, á su vez, depende de las pasiones dominantes. En todo momento histórico, el estado social es la resultante de las ambiciones, de los intereses, de los temores, de las cóleras, de las simpatías de todos los ciudadanos que han vivido y de los que viven todavía. Las ideas en curso en este estado social deben, por término medio, ajustarse á los sentimientos de los ciudadanos y, por consiguiente, al estado social que estos sentimientos han producido. No pueden desenvolverse ideas

enteramente extrañas al estado social y, si se implantan ó importan del exterior, no pueden ser aceptadas ó, si lo son, desaparecen cuando se disipan ó cambian los sentimientos que las han hecho aceptar. Por consiguiente, aunque las ideas avanzadas, una vez establecidas, influyen sobre la sociedad y sobre sus progresos ulteriores, sin embargo, el establecimiento de tales ideas depende de la aptitud de la sociedad para recibirlas. En la práctica, el carácter nacional y el estado social determinan las ideas que deben tener curso; no son las ideas en curso las que determinan el estado social y el carácter nacional. La modificación de la naturaleza moral de los hombres, producida gradualmente por la acción continua de la disciplina de la vida social, es la principal causa inmediata del progreso de las sociedades.

Hora es ya de resumir.

El tema de mis conferencias es la influencia del positivismo en los progresos de las ciencias morales y políticas. Ahora bien: ¿podemos considerar como positivista á Herbert Spencer? La contestación á tal pregunta depende de esta otra cuestión previa: el positivismo, cuyo influjo en los adelantos científicos vamos á estudiar, ¿es simplemente el empleo del método analítico, de la observación, la experiencia y la inducción en la indagación de la verdad, ó es además de esto un sistema completo, con sus soluciones y sus dogmas propios y su fisonomía peculiar, que le distinguen de los demás sistemas filosóficos conocidos desde la más remota antigüedad hasta la aparición de A. Comte en la escena del mundo?

En el primer caso, al positivismo se deben, sin duda alguna, las más preciadas conquistas, singularmente en las ciencias físicas y naturales; pero hay que convenir entonces en que no es una invención moderna cuya paternidad pueda con derecho arrogarse Comte ni otro filósofo alguno de nuestro tiempo. El positivismo, como criterio ó método de investigación, es tan antiguo como la ciencia, y ha sido empleado, proclamado y sistematizado por grandes pensadores en Grecia, en Roma, en la Europa cristiana y en la América culta. Verdad es que todos

ellos, al aplicarla, han sido infieles al método que proclamaban; pero esta nobilísima inconsecuencia, gracias á la cual el hombre y la sociedad han hecho maravillosos descubrimientos, sólo es imputable, en rigor, á la humana flaqueza; el criterio experimental verdadero, mientras no sale de su propia órbita, es incompleto y deficiente para llegar *por sí sólo* al conocimiento de la verdad, y no está en la mano del hombre revocar, suspender ni modificar las leyes trazadas por el Criador al entendimiento. Los filósofos que niegan las ideas absolutas de causa y de sustancia, no podrían, sin ellas, concebir un pensamiento ni construir una frase, según he demostrado palpablemente en el análisis de un párrafo de Taine; de modo que se asemejan á cierto loco de una extraordinaria movilidad, y cuyo tema, sin embargo, fuera negar el movimiento.

Resulta, pues, que si el positivismo no es más que un método ó procedimiento de investigación, mejor ó peor, Herbert Spencer es, mal que le pese, positivista; pero que al propio tiempo lo son, como él, los grandes filósofos antiguos y modernos, cuyos principales nombres he citado en anteriores conferencias. Por el contrario, si en el positivismo hemos de ver, no tanto el procedimiento como la parte sustantiva, el dogma, la doctrina que constituye su originalidad y le da fisonomía propia, distinguiéndola de los demás sistemas filosóficos que han proclamado un método análogo, siquiera sean conocidos en la Historia con los nombres de *empirismo*, *sensualismo*, *naturalismo*, *materialismo*, ú otras semejantes, entonces Herbert Spencer no es positivista, porque niega el dogma fundamental de la filosofía positiva, y porque, sobre no creer que el espíritu humano pasa sucesiva y fatalmente por las tres etapas que le señala Comte, difiere de ésta esencialmente en lo demás hasta tal punto, que bien pudiera decirse que su doctrina es en todo la antítesis de la de su pretendido maestro.

Gracias que pueda reputarse discípulo suyo á Stuart Mili, que, aunque disiente en cosas tan esenciales como la cuestión de lo sobrenatural, la relativa al origen de las cosas, la de la existencia de un Creador inteligente Gobernador supremo del

universo, la de la importancia de la *abstracción* en las concepciones del espíritu, la de la realidad y necesidad de la *Psicología*, audazmente borrada por Comte del cuadro de las ciencias, etc., etc., al cabo acepta con entusiasmo el dogma esencial del Fundador de la Iglesia positiva.

A pesar de todo, me propongo hacer extensiva mi crítica á la sociología de Herbert Speucer. Temería, si no, quitar á este trabajo su principal interés. Las escuelas filosóficas, como los partidos políticos, suelen formarse, más que por la identidad de las soluciones, por la comunidad de tendencias. Por otra parte, Stuart Mili, que en ocasiones niega el título de positivista á todo el que no acepte la teoría de las tres fases progresivas de la creencia humana, en su afán de hacer compatible el positivismo con la idea de que el universo ha sido creado y está gobernado por una suprema inteligencia, dice: «Es positivista quien quiera que mire los sucesos como partes de un orden constante, siendo cada uno de ellos el *conseguinte* invariable de una condición ó combinación de condiciones *antecedente*; reconozca ó no un *antecedente universal*, del cual sea conseguinte el sistema entero de la Naturaleza, y conciba ó no ese antecedente universal como *una inteligencia*. * Este último molde es tan ancho, que en él cabe, sin duda, holgadamente Herbert Speucer. Bueno es, sin embargo, que ya que analicemos su sistema sociológico, por dar más interés á este trabajo, conste que su filosofía se distingue esencialmente de la del fundador del positivismo. —MANUEL ALONSO MARTÍNEZ.